



ALEJANDRA BALSA

PROMESAS INCUMPLIDAS

A PARTIR DE LA IDEA ORIGINAL DE AURORA GUERRA



LA HISTORIA OCULTA DE LOS ULLOA
Y LOS MONTENEGRO, PROTAGONISTAS DE

*El Secreto
de Puente Viejo*

Puente Viejo ha conocido enredos y traiciones, rivalidades y odios antiguos, pero guarda también recuerdos de tiempos mejores y custodia el secreto de cuanto ocurrió antes de que Salvador Castro llegase a La Traba y los Ulloa y los Montenegro separasen definitivamente sus caminos. En ese entonces, mientras las dos familias lidiaban por la Finca del Río, Francisca era una niña inquieta y rebelde acostumbrada a buscar aventuras y desafiar convenciones.

Compañera de juegos de su hermano Miguel y su amigo Raimundo, todo cambia para ella cuando esa amistad da paso a algo más fuerte y ambos se niegan a aceptar el papel que les está predestinado. Junto a Raimundo, Francisca luchará por buscar su propio destino ante obstáculos cada vez mayores que se empeñan en separarlos; ¿bastará el amor para hacerles frente?

Promesas incumplidas, la segunda novela basada en la exitosa serie de Antena 3 *El secreto de Puente Viejo*, echa la vista atrás para narrar una historia de celos, ambición desmedida, conjuras familiares y mentiras: la historia del amor truncado que vivieron en su juventud Francisca Montenegro y Raimundo Ulloa y de cómo, de ese triste desenlace, nació la irreconciliable enemistad entre ambas familias.

Prólogo

Aquel invierno resultó muy frío, igual que lo había sido el anterior. Sobre un campo de un blanco cegador apenas se percibían las siluetas rechonchas de las copas de las encinas, tan immaculadas como todo lo que las rodeaba. En esas condiciones nadie se aventuraba por aquellos caminos a menos que fuera estrictamente necesario. Tan solo una diligencia profanaba la nieve y dejaba tras su paso las huellas pardas y paralelas de su rodada. Dos pasajeros la ocupaban. Ambos, ensimismados en sus pensamientos y sentados frente a frente, no parecían conocerse. No se hablaban. Salvo la cadencia regular del carruaje, nada alteraba la paz. Ni el canto de un pájaro ni el susurro de un arroyo lejano. Aquel manto caía desplegando un denso silencio. En los vivos y en los muertos.

A la salida de una curva, uno de los pasajeros murmuró:

—Ahí asoman los tejados de Puente Viejo, Melquíades. Ya estamos en casa. —Raimundo Ulloa, que así se llamaba quien había hablado, lo dijo sin demasiado entusiasmo. Era un joven de dieciocho años, casi ya diecinueve; alto, bondadosamente atractivo, con ese porte de la gente noble cuyas familias no han padecido durante siglos ninguna necesidad.

Melquíades Chacón quizá tuviese la misma edad que Raimundo, pero su rostro, también agraciado, mostraba una mirada ciertamente viva y peligrosamente pícara. El interpelado se incorporó y miró por la ventana. Aquel valle, a lo lejos, era igual de blanco que el resto del camino, pero las siluetas ya no eran las rechonchas encinas, sino los teja-

dos que se combaban bajo el peso de la densa nieve mientras dejaban escapar el humo por sus chimeneas.

Parecía que Puente Viejo había logrado escapar de la situación general de incertidumbre en todo el país. Dos inviernos seguidos con cosechas pobres habían extendido la hambruna en una España desordenada, atrasada e injusta, constantemente convulsionada por los vaivenes políticos que su reina no había sido capaz de sofocar y habían derivado apenas tres meses atrás en una revolución que la historia conocería como *la Gloriosa*, y con Isabel II exiliada más allá de las fronteras del que había sido su reino hasta aquel 1868. Olvidado de batallas y revueltas, aquel lugar que ahora atravesaban los dos jóvenes estaba alejado de todo. Callado y recogido en aquel valle, como en una crisálida, aparentaba ser inmune a cualquier desgracia.

Solo lo aparentaba.

—Aquella casa grande que ves a mitad de la ladera de la colina es la de mi familia —pronunció Raimundo señalando con un leve movimiento del mentón.

—¿Y la grande del otro lado? Supongo que la de los Montenegro, ¿no es así? —inquirió Melquíades.

—¡Vaya! Veo que estás atento cuando te hablo —bromeó—. En efecto, esa es La Casona.

—Me lo has contado tantas veces que alguna debió de calar en mi cabeza. Siempre eres especialmente reiterativo con unos vinos delante.

—¿De quién lo habré aprendido? —dijo Raimundo sarcón.

—¿Lo de la reiteración? Del profesor Suárez, sin duda. Lo importante, lo del vino, de mí. La universidad no son solo los volúmenes, amigo mío.

—Cuento con tu discreción al respecto ante mi familia. Ya sabes cómo es mi padre. —Raimundo dudó por un momento si había hecho bien en invitar a Melquíades a acompañarle en aquel repentino viaje de vuelta a casa.

—Pierde cuidado. No le diré que te dormías en clase de Suárez por los efectos del morapio —le tranquilizó, y el otro respiró tranquilo.

Melquíades siempre era irónico. Su verbo afilado le sacaba de muchísimas situaciones embarazosas y le granjeaba otras tantas simpatías, sobre todo entre el sexo femenino. De no haber sido por él, puede que aquel tiempo de Raimundo en la Universidad de Salamanca hubiera sido más fructífero académicamente, pero desde luego habría resultado mucho menos interesante en lo que a vida social se refiere. Y le ayudó. Le ayudó en los malos momentos en los que, lejos de los suyos, estuvo a punto de quebrarse. Y en el peor de todos. El día en el que, tras varios meses sin recibir noticias de Francisca, tuvo que asumir al fin que ella le había olvidado.

El camino ascendía suavemente la colina hasta llegar a un arco de olmos. Plantados a ambos lados, los árboles juntaban sus copas sobre él formando un túnel de vegetación; en verano aliviaba el calor, pero con aquella nieve causaba cierta desazón. ¿Qué habría al otro lado? No tardaron en verlo.

La casa iba apareciendo tras el túnel poco a poco, y recortando su silueta de piedra gris sobre la blanca colina. Era la mansión de los Ulloa desde hacía dos generaciones. El bisabuelo de Raimundo, Avelino Ulloa, había huido de las nieblas de Galicia para casarse con Elvira Garcimuñoz, hija menor de un hidalgo castellano. Elvira no tenía ninguna posibilidad de título de nobleza o dote que lo compensara, pero su belleza era un argumento más que suficiente para Avelino. Se instaló en Puente Viejo y para no padecer en exceso los efectos de la morriña, y en homenaje al lugar de origen de su rancia estirpe, bautizó aquella casa con el nombre de la comarca de la que procedían los Ulloa: Traba. Un gallego puede abandonar Galicia, pero Galicia jamás abandona a un gallego, así que la casa que Avelino construyó para su esposa se hizo a imagen y semejanza de un

pazo. Sobre la puerta principal, un escudo ajedrezado de quince piezas: ocho de oro y siete de gules, cargadas estas últimas de tres fajas de plata cada una.

Al acercarse a la casa, Raimundo notó que la nieve estaba más batida. Múltiples huellas de pisadas y carros formaban un barrizal ante la cancela de entrada y se extendían hasta la puerta del edificio. Desconocía a qué venía todo aquel ajetreo y, desde luego, le extrañó que su padre no le hubiera avisado en la carta que le escribió requiriendo urgentemente su presencia. Claro que si había omitido la razón del apremio para que Raimundo volviera a La Traba, bien podía haber obviado la del gentío que debía de encontrarse dentro de la casa.

Cuando entró, un murmullo procedente del salón le aclaró hacia dónde dirigir sus pasos, y seguido por Melquíades atravesó el recibidor. Las puertas estaban entornadas y al abrirlas, Raimundo hubo de pararse para reaccionar ante lo que acababa de ver.

Un brillante ataúd de caoba ocupaba un lugar central en el salón. Cerrado, pulido y rodeado de dalias y gladiolos blancos. El murmullo se había interrumpido y duró, suspendido en el aire, unos interminables segundos.

Raimundo buscó a su madre, pero no la encontró. Buscó a su padre y tampoco se hallaba entre los grupos de caras más o menos conocidas y que, vestidas de negro, le miraban aguardando su reacción. Preguntar qué restos contenía aquel ataúd que descansaba en el salón de su propia casa le resultaba incómodo y desde luego fuera de lugar. Al principio temió por su padre; por su madre al segundo siguiente.

Y entonces la vio. Cambiada. Bonita, incluso vestida de negro. Ya no era la niña que se empeñaba en vestir pantalones porque eran más cómodos para cabalgar, o que se recogía aquel pelo ondulado y negro de cualquier manera que no le molestara para trepar a los árboles. Era una joven atractiva, de aspecto cuidado. Elegante. Lo único que no

había cambiado era su mirada: altiva, limpia y rebelde. Él la habría reconocido entre todas las miradas del mundo. Todos los recuerdos, todas las preguntas se agolparon en sus labios al verla.

—Francisca —murmuró, dirigiendo hacia allí sus pasos.

Ella mantuvo su mirada unos instantes, pero cuando a Raimundo le faltaban unos metros para llegar a su altura, Francisca se giró en un gesto de desprecio y fingió que retomaba una conversación con Eduvigis, su hermana, la joven que estaba a su lado. Él casi pudo tocarla, pero se quedó mudo y quieto ante aquel gesto, en el centro de la habitación y de las miradas. Con el mismo peso de los recuerdos, pero con una pregunta más sumada a las que esperaban respuestas desde que abandonó Puente Viejo para estudiar en Salamanca.

Capítulo 1

—Llegaré para la Nochebuena, Esperanza, antes no. No estará hecho hasta ese día. Para esa fecha aportaré por aquí para atenderte, pero descuida, todo está en orden, niña.

Eso había dicho la partera muy segura dos días atrás y después de examinar a la embarazada, aunque la tata Leonor no quedó muy convencida de ese plazo. Intuía que aquel parto se adelantaría. La luna estaría llena para la segunda semana de diciembre y ella sabía bien que la luna llena trae los partos, así que bajó a la cocina y comenzó a preparar lo necesario para un alumbramiento que estaba segura de que se produciría aquella noche.

En ello se encontraba cuando escuchó cómo la voz de Enrique Montenegro pronunciaba a gritos su nombre. Limpiándose las manos en el mandil salió a la puerta de la cocina y vio a su amo, sofocado, portando en brazos a su esposa, que respiraba acelerada.

—Tata, que esto ya viene —dijo la mujer jadeando, sin demasiado drama.

Esperanza, *la Brava* —pues así la llamaban en el pueblo—, no era exactamente una mujer tranquila, sino corajuda, valiente y resistente. A sus veintiséis años, este era ya al fin y al cabo su tercer parto, y el tercero también de la tata en aquella casa, por eso tenía esa calma de las mujeres pegadas a la tierra cuando van a parir. Quien parecía incapaz de mantener la tranquilidad era Enrique. Subió las escaleras hasta la habitación principal y tendió a su mujer en la cama.

Ya estaba todo preparado: toallas, una jofaina de porcelana, las almohadas perfectamente colocadas...

—Ya he mandado a buscar a la partera y al médico también, don Enrique —informó Leonor.

—¿Al médico? ¿No vale con la partera?

—No sé si la encontraremos, ni si llegará a tiempo, señor —dijo mientras acomodaba a su ama en las almohadas.

—Pero si la partera dijo que venía para Nochebuena... ¿No dijo eso, tata?

—Eso dijo, pero esta niña quiere venir al mundo ya.

—¿Niña?

—Sí, niña, señor. Y más vale que salga de la habitación —dijo mientras empujaba suavemente a Enrique hacia la puerta—. Lo que pase aquí ya es cosa de mujeres.

Ante una nueva contracción, Esperanza lanzó un grito desgarrador.

—Pero, tata, que esto se adelanta —balbuceó nervioso—. Que cabe la posibilidad de que haya problemas. Y le duele. —La obviedad de aquella afirmación hizo sonreír a Leonor.

—Sí, señor. Es que está pariendo. Las mujeres paren desde que el mundo es mundo y siempre con dolor. —Volvió a empujarle hacia la puerta—. Y casi siempre sin hombres.

—Pero, tata...

—¿Quieres salir ya de una buena vez, Enrique, por Dios? —dijo Esperanza aguantando un nuevo grito.

—Me voy, me voy... ¡Qué carácter!

Cuando Enrique Montenegro salió al pasillo, Miguel y Eduvigis estaban sentados apoyados contra la pared, expectantes ante todo lo que pasaba tras aquellas puertas.

Miguel era el mayor, el varón, el heredero de la fortuna Montenegro. Era un niño guapo, de cuatro años, con un pelo oscuro y ondulado, y listo «como los ratones coloraos», según decía de él la tata Leonor. Eduvigis era, hasta entonces, la pequeña. Tierna y coqueta, apenas tenía dos

años y ya apuntaba maneras de seductora caprichosa. Buscaba la atención de su entorno con constancia y con unas armas de mujer tan perfectas que solo podían ser instintivas.

—¿Ya viene la hermanita, padre? —preguntó Miguel.

—Sí, hijo mío. ¿Hermanita? —preguntó Enrique—. ¿Por qué hermanita?

—Lo ha dicho tata Leonor —aseveró Miguel—. Se lo preguntó a un anillo.

—Esta mujer y sus brujerías —dijo Enrique mientras se encaminaba hacia las escaleras que conducían a la planta baja. Al llegar a ellas se volvió y ordenó a sus hijos—: ¡Vamos abajo! ¡Los dos!

Eduvigis se levantó corriendo, pero Miguel se quedó en su sitio, negando con la cabeza.

—Como quieras, cabezota. Edu y yo vamos a ver qué nos da Marcelina para cenar. Si llega el hermanito, corre a buscarme.

—La hermanita —corrigió Miguel.

Otro grito de Esperanza asustó a Enrique, pero recordó lo tajante de la orden de la tata y optó por seguir su camino hacia la planta baja.

Tata Leonor había llegado a La Casona cuando era muy pequeña, apenas con once años, para servir como pinche de Marcelina, la cocinera de La Casona. Llegar a Puente Viejo desde su aldea de La Cañada le costó cinco días de viaje con diferentes carreteros, pero la única salida hacia un futuro mejor en aquel lugar de apenas diez casas era marcharse. Había salido de su hogar con un hatillo de ropa y había buscado quien pudiera acercarla a su destino. Cuatro veces cambió de caravana y la última la dejó a dos leguas de Puente Viejo, adonde no tuvo más remedio que llegar a pie. Cuando Miguel Montenegro vino al mundo, ella pasó de la cocina a desempeñar labores de niñera. Su carácter tierno y la poca diferencia de edad con Esperanza, el ama de la casa, las hicieron confidentes y fraguaron una amistad

cuyo necesario límite lo imponía más la diferencia social que la falta de afecto mutuo entre las dos mujeres. Leonor cuidó a los hijos de su señora como si fueran propios y ahora lo haría con aquella niña que pugnaba por salir al mundo.

El parto se prolongaba. Esperanza empujaba en seco y se debilitaba, y ni la partera ni el doctor Salinas llegaban, pero Leonor sabía qué hacer: ató alrededor del muslo de su señora una ramita de romero, remedio infalible para facilitar el parto, y Esperanza empujó en un supremo esfuerzo hasta que asomó la cabeza de su vástago. Aquél fue su límite y, agotada, quedó inconsciente. Leonor acabó de sacar a este mundo a Francisca Montenegro. Apenas miró la cara de la niña: depositó a la recién nacida junto a su madre y se ocupó de lo urgente. Estaba centrada en ayudar a Esperanza a expulsar la placenta cuando aquella niña, cubierta de sangre y líquido amniótico, rompió a llorar por sí misma, sin los azotes de rigor, para anunciar que a pesar de todo había venido para quedarse.

—¡Vaya! ¡Venimos brava! Como tu madre... —le dijo Leonor con una sonrisa en la boca.

Al escuchar el llanto de su hermana, Miguel entró sigilosamente en la habitación mientras Leonor seguía en su faena, ajena a la presencia del niño. Se ocupó de hacer respirar unas sales a Esperanza, que volvió en sí, y solo entonces la tata pudo ocuparse de lavar a la recién nacida, que no había dejado aún de llorar con toda la fuerza de sus pequeños pulmones.

—Pero ¿qué andas haciendo aquí, zascandil? —dijo al ver a Miguel, que había estado contemplando la escena con ojos de búho real—. ¡Zape, zape! Éste no es sitio para un niño.

—Quiero saber si es una niña. Padre no se lo cree. —Miguel se puso de puntillas para ver la cara de su hermana, que seguía llorando en brazos de la tata—. Pues no sé si tiene cara de niña.

—Sí, la cara es de niña. Anda a buscar a tu padre para que suba a verla.

—Yo se la llevo —dijo tendiendo los brazos.

—¿Tú? Pero si eres un comino.

—Tráemela, Miguel —pronunció Esperanza—. Con cuidado. Y luego bajas a buscar a padre.

Así, el primer abrazo que recibió Francisca en su vida fue el de su hermano Miguel, que no tuvo necesidad de bajar a buscar a su progenitor. Por la puerta asomó la cara de Enrique Montenegro, y la tata asintió con un leve gesto de cabeza autorizándole a entrar.

El dueño de La Casona era un hombre duro, montaraz, pero en cada parto de su mujer era incapaz de controlar sus nervios y sus miedos. No temía por el recién nacido, a pesar de que Esperanza hubiera tenido tres malos embarazos después del nacimiento de Miguel y hasta que concibió a Eduvigis. Lo que realmente le aterraba era la posibilidad de que algo le sucediera a su esposa.

Ella tenía hechuras de buena paridora. Era una real hembra: alta, guapa, de pechos y caderas generosos y con un pelo ondulado, tan negro que parecía azul marino. Todo ello fue lo que atrajo a Enrique desde el primer momento, cuando la vio con una cesta en la cadera en la plaza de Puente Viejo. Ella apenas tenía dieciocho años y Enrique sabía que trabajaba para los Ulloa en La Traba, pero aun así no dudó en abordarla. Esperanza se sintió halagada en principio por que el hijo de los Montenegro se hubiera fijado en ella, pero la vanidad de ella y la atracción física de él acabaron transformándose en una complicidad y un verdadero amor que hicieron de sus tres años de noviazgo algo casi mágico, apasionado e inusual. Tanto que ninguno de los dos pudo esperar a la bendición del cura para consumir su relación: Miguel nació a los siete meses de la boda. Y no fue precisamente un niño prematuro.

Esperanza había sido una buena compañera. No cayó en la tentación de convertirse en despiadada señora, y con

esa serenidad que da la inteligencia, ayudaba a su marido a sacar adelante la finca y organizaba la casa y la llenaba de alegría. Enrique bendecía todos los días su fortuna por haber encontrado a aquella mujer.

Claro que él no era el único mozo que había rondado a Esperanza. Ramón Ulloa también revoloteaba a su alrededor. Podría haber sido un buen candidato, pues su fortuna era incluso mayor que la de Enrique, pero la joven sabía qué quería Ulloa, y no era precisamente ponerle un anillo en el dedo. Ramón, como todo macho cazador, reforzó sus intentos cuando supo de la relación de Esperanza con Enrique. Hasta que un día Montenegro se cansó y fue a buscarlo a La Traba.

—Te espero esta tarde en la Finca del Río, Ramón Ulloa. Vamos a solucionar esto de hombre a hombre. —Y con la misma brusquedad con la que había entrado, se giró para marcharse—. No te apures, no necesitas padrinos. Solo tú y yo —pronunció mientras salía de la casa.

A la caída de la tarde se encontraron, efectivamente, en la Finca del Río. Enrique ya esperaba con el caballo atado al tronco de un nogal. Ramón bajó del suyo y nada más girarse, Enrique le asestó un puñetazo tremendo a la mandíbula, seguido de otro al estómago que lo dejó sin respiración y tendido en el suelo.

—¿Lo dejamos aquí y nos tomamos unos chatos, o quieres que sigamos? —preguntó Enrique.

Cuando Esperanza entró en la taberna con la cara desencajada, buscando a su novio, los encontró a los dos bebiendo; Ramón, con un ojo hinchado. Ambos le contaron lo que había pasado mientras ella escuchaba la historia con paciencia y los brazos en jarras, y cuando hubieron acabado el relato, no demasiado conexo por efectos del vino, le dio una bofetada a Enrique, se giró y se fue. De su boca solamente salió una palabra: «¡Botarate!».

—¿Se ha enfadado? —preguntó Ramón.

—Eso parece —dijo Enrique encogiéndose de hombros. Y ambos siguieron bebiendo hasta bien entrada la noche.

Tres días pasaron hasta que Esperanza consintió en volver a ver a Enrique. Los mismos que él estuvo preguntándose qué había hecho mal para que ella hubiera desaparecido de aquella manera. Hasta que una tarde, Esperanza fue a La Casona.

—¿Acaso soy tu mujer para que andes retando al de Ulloa? ¿Te he pedido yo acaso que me defendieras, Enrique Montenegro? —dijo enfurecida.

Enrique sonrió y por toda respuesta dijo:

—Cásate conmigo.

Llevaban juntos desde entonces, y el tiempo no había templado ni su amor, ni su genio. Ahora, ese carácter explosivo de la Brava era el mismo del que aquella recién nacida daba muestras. Tata Leonor pensó que alguien que viene al mundo y llora sola, con esa fuerza, solo puede ser una superviviente. Y además, había nacido con la luna llena. Aquella niña podía no heredar los bienes de la familia, pero desde luego el mote de su madre podría atribuírsele sin ninguna duda.

Con este principio, nadie de la casa se extrañó cuando Francisca empezó a caminar con ocho meses, sin siquiera haber gateado. O cuando aprendió a ponerse de puntillas para abrir la puerta y escaparse por la finca cuando apenas levantaba unos palmos del suelo. Prefería la compañía y los juegos con su hermano a las muñecas de Eduvigis, lo que fue alimentando en la hermana mediana un sentimiento de resquemor. Ella esperaba una compañera de juegos, ya que Miguel tenía a su padre, pero su ilusión se vio frustrada por el carácter indómito de Francisca. También era cierto que nadie estimó necesario controlar a aquel potro durante los primeros años de su vida, así que Francisca creció libre y feliz en un hogar casi perfecto.

Los Montenegro eran gente de campo. Enrique no se planteó en ningún momento alterar la forma de vida que su

familia había llevado desde hacía años. Gestionar sus fincas, cultivar la tierra, arrear el ganado. Era cierto que poseían una importante fortuna amasada con el trabajo de los jornaleros, pero también lo era que la llegada a la casa de Esperanza contribuyó a disminuir las diferencias entre los sirvientes y los señores. Así, para ella no suponía ningún problema que Francisca y Miguel corretearan con los hijos de los braceros. Si alguna vez Enrique emitía alguna queja al respecto de la mezcla de clases, su mujer la acallaba en el acto.

—¿Te olvidas de dónde vengo yo? —decía, sin renunciar nunca a sus raíces—. Mi padre era un bracero de la finca Ulloa. ¿Se te ha olvidado?

Ella sí que no lo había olvidado. Esperanza era mujer de hechos y no de palabras y pensó que un bracero podía ser un bracero, como decía su marido, pero que saber no le haría mal a nadie, así que convenció a Enrique para poner una pequeña escuelita en La Casona. Ella se encargaría de las primeras letras y de las primeras cuentas, mientras fueran pequeños. Cuando su saber no alcanzara, ya vendría un maestro a continuar su labor. Presta, mandó adecentar uno de los graneros y reunió a todo el chiquillerío de la casa. Allí aprendieron Miguel y Eduvigis junto con los otros niños de la finca. Y en un capazo estaba Francisca muchos de los días, mientras su madre enseñaba los fundamentos del álgebra. Claro que en cuanto empezó a andar, aquel capazo resultó un elemento completamente inútil y acabó arrinconado.

Podía asegurarse sin miedo a errar que el matrimonio Montenegro era una pareja feliz y bendecida. Tras muchos años, la llama que alumbraba la unión de Esperanza y Enrique seguía viva. Buscaban y conseguían momentos de intimidad y perseguían los mismos sueños. El fundamental era un lugar, una casa cerca del agua. Aquel lugar era la Finca del Río.